

La leyenda del tío Santintón

El tío Paco Santintón, uno de los hombres más fuertes de este siglo, nació en 1.878 en Caudete. A la edad de 18 años, y por una apuesta, dicen que fue a la estación y se trajo al hombro un trozo de rail que pesaba más de 300 kilos.

En 1.898 realizó el servicio militar en el Fuerte del Camello (Melilla). Ya licenciado, volvió a Caudete y entró a formar parte de una rondalla, donde tocaba las "estrebades" con un hierro. Casi todas las noches paseaban su música por el pueblo sin percance alguno; pero en cierta ocasión fueron a dar una serenata a una de las mujeres más bellas de la Villa, rondada por uno de los componentes del grupo. Su marido, cansado de agacharse para atravesar las puertas, cogió una escopeta y encaró a insensato Romeo, dispuesto a dar por finalizado aquel asunto. La ausencia de alumbrado público favoreció el que Paquito Santintón se deslizara por detrás - las palabras habían terminado, la escopeta estaba pronta a tronar- y, con el hierro de tocar, le atizara semejante golpe que lo dejó tieso.

Todos sabían que no había tenido la intención de matarlo, que había sido un exceso de fuerza lo que hizo que el golpe fuera fatal, pero la justicia actuó, fría y bajo presión, fue condenado a 30 años y un día de prisión, y trasladado al penal de Ceuta, donde había un preso al que llamaban "el matón del patio", que le había tomado con otro preso menudo y enfermizo, que solía colocarse en una ventana donde daba el sol. Así es que, cada vez que veía al preso débil apoyado en la ventana, lo tiraba por los suelos. Enterado de lo que pasaba, el tío Paco se colocó un día en la citada ventana; llegó el matón y, hecho un obelisco, se abalanzó sobre él, pero fue recibido con un certero puñetazo que lo tiró a tierra y casi le hace perder el conocimiento; el agredido sacó entonces un cuchillo e intentó clavárselo, pero el tío Paco se lo arrebató de las manos y se lo clavó, produciéndole la muerte. Su condena se agravó, siendo confinado en unas mazmorras, donde él que no moría, terminaba por quedarse ciego.

Al poco tiempo de su inhumano cautiverio, maquinando siempre la huida, encontró el momento y el lugar adecuado, fugiéndose por el hueco del WC y cayendo al mar; trece kilómetros le separaban de la costa, pero consiguió llegar a tierra. A partir de aquel momento se vio obligado a llevar una vida de bandolero, robando aquí y allá para poder sobrevivir. Se mantuvo en esta situación unos 15 años, hasta que, con la Dictadura de Primo de Rivera se promulgó un indulto que le puso en paz con la justicia.

Paco regresó a Caudete y puso una herrería. Y, por hacer referencia a su nobleza, contaremos un hecho que lo marcó de por vida. Para fabricar los aros de las ruedas de los carros, ponían un redondel con fuego; cuando estaban ajustados se sacaban y se apoyaban sobre la pared para que se enfriaran. Pues bien, cierto día, cumplimentado el proceso antedicho, acertó a pasar un niño junto al aro al rojo, siendo tan adversa la casualidad que la rueda perdió el equilibrio e iba a caer sobre el pequeño. Santintón no lo dudó un instante, interpuso una pierna y evitó el desastre, pero su altruismo le trajo consecuencias nefastas; la pierna quemada, y a causa de la gangrena, tuvo que ser amputada.

A finales de los años 20, en Villena había cuatro matones que aprovechaban los fines de semana para abusar impunemente de cuantas personas honradas se cruzaban en su camino; la situación llegó a ser grave hasta el punto de que salió a la calle una canción que decía así:

"Villena ya no es Villena,
que parece un mataero,
pues matan a las personas
como si fueran corderos".

No creemos que la cosa llegara hasta ese punto; lo cierto es que, avisado el tío Paco, bajó a la vecina ciudad y se enfrentó con el jefe de la banda, al que apodaban "Macha-co" y "Bombita", propinándole una paliza de muerte y amenazándolo severamente: "Como sigáis así os mato, a ti y a los otros tres". A partir de ese momento, Villena quedó como una balsa de aceite.

Al poco tiempo, abrió una casa de alterne en la Estación de Caudete, sobre la que vamos a contar un par de anécdotas:

Entre otras, había en lo que hoy llamaríamos club una gitana muy guapa, recién llegada de Barcelona, huyendo de su chulo. No sabemos por medio de qué artes, el gitano tuvo noticias de su paradero y, cierto día, se presentó armado con una pistola, reclamando lo que decía ser suyo. Sin dejar de encañonarlo, se dirigió al arcén, pero cuando dijo: "nena, mira el tren", el tío Paco sacó una navaja del bolsillo trasero de su pantalón. El gitano que la vio, recordando aquello de "pies, ¿para qué os quiero?", corriendo como alma que lleva el diablo, subió al pescante y desapareció para siempre.

En otra ocasión, llegaron dos macarras y, después de terminar el alterne a su gusto, reparando en que el amo era un hombre entrado en años y cojo, decidieron no pagarle. No tardaron en arrepentirse de su osadía; el primero rodó por los suelos de un certero garroteazo, el segundo fue alcanzado casi en la puerta por el mismo garrote lanzado al aire; acto seguido lo cogió por el cuello de la chaqueta y los llevó al cuartel, donde los entregó a la Guardia Civil.

Cuentan también que cierto día, en casa de Soledad y Pascual Fernández, mataron una cerda de 20 arrobas, y que cuando estaban chamuscándola sobre la mesa entró el tío Paco Santintón a saludar a los señores. Entonces, el padre de Soledad le dijo, por ver de probar su fuerza: "si te la llevas a cuestras, es tuya". Ni corto ni perezoso, la agarró de las patas delanteras y se la echó al hombro. Cuando Pascual vió aquello, y considerando que lo dejaban sin matanza, casi le suplicó: "no hombre no, que era broma". Y, Paco, sin entadarse, la dejó sobre la mesa y procedió a ayudarles.

También, por aquella época, vino un teniente de la Guardia Civil, quien traía referencias, no sabemos por qué conductos, del tío Santintón. Estando de visita en casa de los Teresa y Cortina, manifestó su intención de conocerlo. Luis, su anfitrión, se comprometió a presentárselo, y cumplió su palabra, invitándolos a comer a los dos el mismo día. Cuando el tío Paco estrechó la mano del teniente, con su eufórica naturalidad, lo hizo con tal intensidad que la dejó dormida. El teniente exclamó: "Me habían dicho que era un hombre fuerte, pero nunca creí que lo fuera tanto".

Otro dato que hace alusión a su fuerza descomunal es la broma que gastaba con frecuencia al tío Candil, un herrero de la localidad. Como a media mañana, el tío Candil y su vecino, el tío Alemán, solían salir de sus oficios al bar para tomar unas copas de Cazalla, momento que aprovechaba el tío Paco para pasarse por la fragua y sacar el junque de unos 160 kilos a la calle. A su regreso, tenían que buscar otros dos hombres para volver a ponerlo en su sitio.

Sobre el año 1.934, se fue a vivir a Villena, donde los gitanos le apodaron "el macareno", porque cada vez que engañaban a un caudetano en sus trapicheos con las caballerías, acudía el tío Paco Santintón y les obligaba a devolverles el dinero.

En 1.936 comenzó nuestra Guerra Civil y el tío Paco se hizo miliciano; volvió a Caudete y puso otra casa de alterne. Terminada la guerra, con el resultado de todos conocido, fue apresado por un grupo de falangistas que lo metieron en la cárcel, primero de Alcoy, y después en la plaza de toros de Novelda, donde murió.

JOAQUÍN ALBERTOS FERRI (Chimo "El Lecne")